

A NUESTROS LECTORES

Con este número comienzo mi colaboración con la *Revista Canaria de Estudios Ingleses* como Director de la misma. El Dr. Fernando Galván, que ocupaba anteriormente el cargo, va continuar su carrera académica en la Universidad de Alcalá. Por supuesto que aquí todos le echaremos de menos aunque, por otra parte, también nos sentimos privilegiados por haber estado a su lado y considerarlo ahora colega y amigo. A él le debemos el asentamiento definitivo de nuestra revista como lugar donde han tenido cabida la discusión intelectual, la exposición rigurosa de variados estudios filológicos y la presentación de nuevas líneas de investigación con nivel internacional.

El futuro sigue teniendo como meta la excelencia. Contribuir al mejoramiento constante de nuestra disciplina. Seguir contando con su colaboración y recibir ensayos de tipo literario o lingüístico, reseñas y entrevistas que muestren la calidad investigadora de aquellos que ya tienen un reconocido prestigio o de esos otros que ya están emergiendo con nuevas energías. En definitiva, con la pretensión de que reflejemos en nuestras páginas el entusiasmo y las inquietudes intelectuales de todos aquellos relacionados con la Filología Inglesa.

Y ahora les invito a compartir con nosotros el material que hemos seleccionado para este número de **RCEI**.

Manuel Brito

I

SPECIAL SECTION:
VIETNAM STUDIES

INTRODUCCIÓN

La estela que la experiencia de Vietnam ha dejado en Estados Unidos es, como todos sabemos, demasiado importante para no ser tomada en cuenta a nivel cultural. En realidad, la guerra no habría alcanzado las dimensiones que tuvo, de no ser por otros fenómenos de la vida norteamericana durante los años sesenta y la primera mitad de la década siguiente: el hechizo de Kennedy, roto por la banalidad bienintencionada de Johnson; el choque entre seguidores de Daniel Bell y los de Wright Mills; los de Wallace, King y Malcolm X; la interpretación distinta que hacían la ciudadanía y los poderes públicos de diversas enmiendas a la Constitución norteamericana bajo la presidencia imperial de Nixon. Watts, Woodstock y Watergate, Camboya y Kent State quedaron así indelebles en la memoria de millones de estadounidenses. Y luego, junto al dolor por la muerte de millares y por las heridas visibles de otros cientos de miles, el país descubría la sensación de la derrota y de la culpa por las atrocidades cometidas en una guerra sin victoria, experiencia para la que no estaba preparado. Los años de Carter son los de la reflexión y revisión. Para los ciudadanos de la calle, reconocer que “America” no había podido derrotar a una de las naciones más pobres de la tierra significaba que tenían que desechar la mayor parte de los mitos en que habían crecido. Para los veteranos de Vietnam el regreso en muchas ocasiones era más duro que los días de servicio. La cruzada que la retórica de la Casa Blanca, los departamentos de Defensa y Estado y el Congreso presentaba a la opinión pública se convirtió en una guerra de desgaste, en Vietnam y en Estados Unidos. Vietnam del Sur había sido conquistado por los comunistas del Norte; las obras civiles y militares construidas por Estados Unidos ahora formaban parte de la logística soviética; los aliados de los norteamericanos, en campos de reeducación; Camboya, un ensayo sobre la relevancia estratégica de los conflictos de baja intensidad y el equilibrismo diplomático. A ello sumemos el desempleo y la falta de fondos para la reinserción de los veteranos a la vida normal, las acusaciones mutuas entre diversos sectores sobre quién o quiénes tuvieron la responsabilidad ante la derrota. Mientras, caían varios dictadores en el Tercer Mundo y el vacío que dejaron lo rellenaron regímenes poco o nada proclives a Washington. Como epítome de la era del examen de conciencia, quedan las imágenes de los rehenes en Teherán y de los lazos amarillos que los recordaban. Estos últimos eran un contrapunto melodramático, especialmente cuando el intento frustrado de rescate por la fuerza se hizo público. Mas Estados Unidos, que tanto ha dado al mundo del espectáculo, acudió a las elecciones de 1980 no sólo para ejercer un ejercicio cívico; parecía desear reconducir su historia más reciente hacia un final menos dramático que el que aventuraban las dos décadas precedentes.

Producto de la explosión demográfica posterior al fin de la II Guerra Mundial, millones de personas alcanzaron su mayoría de edad en algún momento durante los años de guerra en Vietnam. De ellos, algo más de cuatro millones de hombres y de

seis mil mujeres participaron en la guerra en Asia; los demás la contemplaron desde el frente doméstico o el exilio. Todos ellos, sin embargo, tienen algo en común: habían contribuido a desestabilizar la seguridad de la postguerra.

Para los patrioterros, aquellos jóvenes que se manifestaban contra la guerra eran la Generación del Dr. Spock, el fruto de los heréticos consejos que el famoso pediatra emitía en sus manuales. A aquellos que se atrevieron a cruzar la línea de Mississippi pidiendo el voto para la población negra, se les llegó a llamar amantes de negros. En general el público se refería a los adolescentes de esta época como la Generación de la Pepsi, la de Woodstock, la del LSD, etc. No sin razón se puede argüir que su comportamiento ideológico en modo alguno fue monolítico; pero para que aparecieran las fisuras en torno a su respuesta a Vietnam y a todo lo que se encontraba detrás del conflicto, hubo de pasar bastante tiempo. Y esta generación ha aprovechado una serie de recursos que la sociedad de consumo ha puesto a su disposición para explicarnos cuál fue *su* guerra. Ellos, con las narraciones que han escrito, las canciones que han compuesto, las películas que han dirigido o en las que han intervenido, nos ofrecen unas percepciones de la guerra que nos pueden ayudar en mucho a completar datos que la historiografía tradicional considera fuera de su ámbito, y que los archivos militares todavía consideran material reservado. Veinte años después de la caída/liberación de Saigón/Ciudad Ho Chi Minh, sus obras siguen realizando una labor que supera el ámbito de la estética canónica.

Esas narraciones, debido a su accesibilidad, su evocación de determinadas tendencias sociales y políticas y la sensibilidad especial con que se dirigían y continúan dirigiéndose al público, nos valen para entender muchas de las tendencias contradictorias que se registran en el desarrollo sociocultural de Estados Unidos en los últimos treinta años.

El descrédito y resurgimiento de determinados mitos en la vida norteamericana aparecen en casi todas ellas. La importancia de esas construcciones culturales (el pionero, el redentor, el disidente, el pragmático, etc.), no sería tal si no fuera porque fue a través de ellas cómo una parte importante de la población apprehendió la guerra.

Este tratamiento adquiere relevancia ante la gradual pero cada vez mayor desconfianza entre la ciudadanía y la presidencia. Kennedy, Johnson y Nixon participaban de un rasgo común en el tratamiento del conflicto, y era su falta de transparencia informativa acerca de una aventura exterior que jamás respondió a las expectativas. Si bien la filtración a la prensa de los *Documentos del Pentágono* descubrió una faceta de la administración Kennedy decepcionante para muchos de los que creyeron en su imagen, los casos de Johnson y Nixon son más notables: uno por excesivo paternalismo sobre la opinión de sus conciudadanos; el otro, por revisar de la división de poderes. Los primeros opositores a la escalada iniciada por Johnson pusieron en circulación la frase “vacío de credibilidad” para mostrar la distancia que separaba los pronunciamientos de la administración de lo que una parte de la opinión pública consideraba la verdad sobre la intervención. Cuando la contestación a la guerra se había convertido en un fenómeno respetable en el que participaban no ya los miembros de la Nueva Izquierda, sino liberales de ambos partidos, el vacío se había convertido en un abismo.

La manipulación informativa por parte de unos gobiernos que, tal y cómo se iba desarrollando la intervención norteamericana, no deseaban dar a conocer la futilidad de sus esfuerzos bélicos y políticos, se hacía patente de diversas maneras. Conocida es la táctica empleada por Nixon para evitar que se desvelaran determinadas decisio-

nes tomadas por él y sus subordinados más inmediatos. Pero la opacidad no siempre se manifestó así. Kennedy y Johnson habían creado un aparato militar para la guerra cuya estructura giraba en torno a dos polos. Noticias emanadas desde el MACV¹ en Saigón llegaban totalmente distorsionadas al Pentágono y viceversa.

Cuando el Presidente o las comisiones del Congreso forzaban la información que llegaba desde Vietnam para —quizás inconscientemente— adular a sus respectivas clientelas políticas, el círculo de engaños se cerraba. De ahí que el escepticismo no sea un elemento ajeno a las narraciones que tratan de Vietnam. Desde los informes emitidos por los visitantes que iban a Vietnam y encontraban un país en orden, las palabras optimistas de Westmoreland justo antes de la ofensiva de los insurgentes en 1968, hasta los continuos balances de pacificación de zonas ocupadas por el enemigo, la historia oficial de la guerra suele ser objeto de ridículo en no pocas narraciones.

A pesar de que los futuribles son irrelevantes en la historia literaria y tendenciosos en la social y política, cabría hacer alguna reflexión. De no haber sido publicados los *Documentos del Pentágono*, ¿conoceríamos hoy la lógica que subyacía a la escalada de la guerra por parte de Estados Unidos? Puesto que la compilación de los *Documentos* termina en las primeras semanas de 1968, una serie de episodios fundamentales durante la intervención de Estados Unidos en el Sudeste asiático deben explicarse atendiendo a otras fuentes documentales. Pero muchas de ellas (probablemente la porción más esclarecedora) no han sido desclasificadas en número suficiente como para que nos permita hacer conjeturas más o menos rigurosas acerca de algunas decisiones tomadas entre 1968 y el final de la guerra. Si nos parece irrisorio explicar el Holocausto como el producto de la locura del Führer, la misma falta de meticulosidad debemos encontrar en la explicación de las invasiones de Camboya y Laos como resultado de la supuesta paranoia de Nixon, o de la firma del Tratado de París en 1973 como el reconocimiento por parte de una potencia imperial de la soberanía de los pueblos del Tercer Mundo.

No está de más entender, pues, que para los participantes y observadores de Vietnam en Estados Unidos, las características y el tratamiento de la lucha en el país asiático los llevaba a realizar una nueva fenomenología de la guerra, cruzando la frontera entre lo fictivo y lo factual, lo personal y supuestamente artístico por una parte, y lo social e histórico por otra. Como sugiere el autor John Clark Pratt, “para entender la Guerra de Vietnam, de algún modo hay que ver la fusión de realidad y ficción y [...] conociéndolas a las dos, mirar por debajo, al lado o alrededor de ellas para encontrar la verdad de la experiencia misma.”² La colisión entre lo que unos conocieron en Vietnam y otros en Estados Unidos, entre el discurso oficial y la reacción al mismo por parte de periodistas y opositores, todo ello hacía más difícil separar lo que podría ser verdad de lo que era ficción. Aunque no hubiera existido Vietnam, la concepción postmoderna de la historia se habría hecho un hueco en el examen del pasado, pero la intervención en el Sudeste asiático aceleró en Estados Unidos el proceso de desconfianza hacia la teleología unidireccional que experimentaba el mundo capitalista desarrollado. Como indica Frances Fitzgerald, después de la experiencia de Vietnam resulta más difícil mostrar una visión coherente de la historia norteamericana. Por ello se especula acerca de la necesidad de documentos no canónicos para rellenar el vacío que ha ocasionado la insuficiencia de las fuentes tradicionales.³

Con esta labor los narradores de la guerra y sus efectos contribuyen, si no a explicarlos satisfactoriamente, sí al menos a revisar o revalidar la ideología que hizo posible

el desastre. Casi todos ellos parecen coincidir con Tim O'Brien, uno de los autores que han reproducido Vietnam en literatura, para quien la narrativa ejecuta para la historia y la vida en general la misma función que los sueños representan en la mente.⁴ Por su parte, John Clark Pratt se hace eco de las palabras de Michael Clodfelter, quien señala que dos guerras claramente definidas. Por una parte, está la más conocida, defendida y denostada. Se trata de la guerra que, desde distintos bandos declaraban los militares del Pentágono “con sus caquis almidonados y sus mentes almidonadas;” Walter Cronkite en el noticiero de la tarde; los estudiantes alrededor del Obelisco y los obreros de la construcción en Broadway. Desde luego, era la más compleja de todas ellas y la que hace de Vietnam un tema tan polémico. Pero además de ella, se encuentra la personal, la que libraron los hombres que allí fueron y que han querido reproducir en sus memorias y novelas, en sus películas, en sus cartas, en las miles de maneras que han encontrado para rehacer lo que les queda de vida. Pero ambas se imbrican y no podemos entender el debate que suscita la primera sin examinar la segunda. Es en ese sentido en que lo personal y lo social tienden a fundirse y consiguen que la narración contribuya a una mejor comprensión histórica de esos días.

Para O'Brien la separación entre una y otra es aún más compleja, debido a que él no considera una sola experiencia personal, sino millones, tantas como los hombres y mujeres que hicieron la guerra. Como afirma a través de uno de sus personajes en *Going After Cacciato*:

Cada soldado tiene una guerra diferente; aunque sea la misma, es diferente [...] un soldado ve sólo un fragmento pequeñito de lo que se puede ver. El soldado no es una cámara fotográfica [...] por así decirlo, registra aquellos elementos que está predispuesto a recordar, pero nada más. Así [...] cuando la guerra termine va a ser como si hubiera habido un millón de guerras, o tantas como soldados hubo.⁵

Ha sido este carácter abierto sobre la construcción cultural de la guerra lo que pretendemos recoja la sección que la *Revista Canarias de Estudios Ingleses* dedica a Vietnam y su reconstrucción ven la cultura norteamericana. Timothy Lomperis (“Fact, Fiction, and the Vietnam War”) nos lleva a reflexionar sobre la capacidad de la narrativa escrita sobre el conflicto para trascender los límites prescritos para el canon. Es relevante en este sentido cómo la escritura norteamericana sobre la guerra ha dejado de lado a los verdaderos protagonistas, causantes y víctimas del conflicto: los vietnamitas. La percepción de Jonathan Goldstein (“Introducing World Literature into a Vietnam War History Course”) soslaya la preocupación del filólogo acerca del destino de la obra literaria. Basado en la investigación en el aula, el trabajo de Goldstein sugiere la inclusión de los tres puntos de vista implicados más directamente a lo largo del conflicto en Asia: el de Estados Unidos, Francia y Vietnam, para lo que recurre a obras escritas en esas comunidades nacionales.

Como ejemplos plausibles de la utilización de textos sobre la guerra, los tres artículos restantes muestran casos de estudio en obras reconocidas dentro de la línea de investigación que nos ocupa. Carlos Junco (“Realidad y Ficción en la novela de Vietnam”) muestra la “Trilogía de Vietnam” de James Webb como ejemplo de la tentación revisionista que experimentó la historiografía sobre la guerra en la década de los años ochenta. Como caso de la utilización del texto no fictivo, David Río Raigadas (“*Dear America: la neutralidad imposible*”) pone como ejemplo la edición

de correspondencia selectiva de algunos soldados en servicio en Asia. La lectura filmica que Bill Couturie hizo de aquélla nos resulta de gran utilidad para incluir los medios audiovisuales –más que nunca– en la reconstrucción de la guerra y los contextos en que se produjo y se ha reproducido. Finalmente, quien suscribe esta introducción recurrió a diversas novelas y memorias para considerar factores personales de los narradores a la hora de explicar la ofensiva de Tet de 1968, tal vez el momento más crucial de la intervención norteamericana en Vietnam.

El debate sobre la reproducción cultural de la guerra no ha hecho más que comenzar, a pesar de lo que en algún momento se ha pensado. Saturados por las batallas voluntaristas libradas por Chuck Connors o Silvester Stallone, nos quedó la imagen de Vietnam como un filón exhausto por la explotación a que lo sometieron los medios audiovisuales. Pero en realidad estábamos intuyendo cómo el espectro conservador hubiera deseado el desarrollo del conflicto. Múltiples aspectos de la representación de la guerra todavía necesitan ser estudiados con más profundidad: la participación étnica, la conjunción con las políticas culturales de determinadas épocas, la traslación a géneros literarios no narrativos, la correspondencia entre textos de diversos soportes, etc. Estas son propuestas de investigación que pueden contribuir a aclarar el tema central que nos ocupa en esta sección: defender la interrelación entre cultura e historia. Así, podemos afirmar, como Michael Herr en *Dispatches*, que Todos Estuvimos en Vietnam.

Juan José Cruz

Notas

1. MACV (Military Assistance Command, Vietnam = Comandancia de Ayuda Militar), órgano establecido por Kennedy en Saigón en 1962, tras reorganizar el MAAG (Military Assistance and Advisory Group = Grupo de Ayuda y Asesoramiento Militar), que databa de los tiempos de Truman. Su función era coordinar todas las operaciones militares que se llevaran a cabo en la zona, así como aquéllas de protección civil que dependían del Departamento de Defensa. No en vano se le conocía como “El Pentágono del Este”. William Childs Westmoreland (1964-1968) y Creighton Abrams (1968-1972) fueron los generales bajo cuya jefatura Estados Unidos llevó el peso la guerra durante la fase norteamericana de la misma.
2. Pratt, citado por Timothy Lomperis en (1987) “*Reading the Wind: The Literature of the Vietnam War*.” Durham: Duke University Press, p. 90.
3. Véase Frances Fitzgerald (1980) *America Revised: History Schoolbooks in the Twentieth Century*. New York: Vintage, pp. 12-16. John Hellman (1986) *American Myth and the Legacy of Vietnam*. New York: Columbia University Press, p. 207 (nota 1), consideraba que ninguna fuerza política ni escuela historiográfica puede construir una síntesis de la participación de Estados Unidos en la guerra debido al debate continuo que tal tema levantaba. Las palabras de Hellmann adquieren especial relevancia cuando observamos la dinámica actual de la política exterior norteamericana hacia los países subdesarrollados. Los casos de América Latina, África y Oriente Medio ofrecen motivos a la opinión pública para debatir nuevamente cuáles fueron los motivos por los que no se ganó la guerra, y a las facciones del Congreso para reavivar el debate entre aislacionismo e intervencionismo.
4. Véase la entrevista que Eric James Schroeder (1984) mantiene con dos narradores de la guerra (“Two Interviews: Talks with Tim O’Brien and Robert Stone,” *Modern Fiction Studies*, 30:1, (Spring) p. 155).
5. Tim O’Brien (1978) *Going After Cacciato*. New York: Dell, pp. 236-7.